



EL TEXTO RETÓRICO COMO OBJETIVACIÓN CULTURAL

César García Álvarez¹

RESUMEN:

Esta ponencia se refiere a la historia de la retórica vista como persuasión (Gorgias), como reflexión (Aristóteles) y como servicio a la sociedad (Isócrates), tres textos fragmentarios que configuran un hipertexto que fue la retórica de ayer, es la retórica de hoy y será la retórica de siempre. La fórmula es ésta: Hombre=Retórica=Sociedad, siendo la retórica el mediador lingüístico entre el “soon logikon” y el “soon politikon”.

Palabras claves: Texto retórico, lingüística, retórica, poética, sofística.

ABSTRACT:

THE RHETORICAL TEXT AS CULTURAL OBJECTIVITY

This work refers to the history of rhetorics seen as persuasion (Gorgias), as reflection (Aristotle) and as a service to society (Isocrates). Three fragmentary texts that form and hypertext that was the rhetorics of yesterday, is the rhetorics of today and will be the rhetorics of always. The formula is: Man=Rhetoric=Society, being rhetorics the linguistics mediator between the “soon logikon” and the “soon politikon”.

Key word: Rhetorical text, linguistics, rhetoric, poetics, sophisms.

Los géneros del decir hablado –discurso, conferencia, teatro, diálogos, conversación– han sido estudiados, por lo general, desde la inmanencia del texto, pensemos en *La estructura de la obra dramática* de Juan Villegas. Hoy, a la luz de los nuevos estudios sobre la retórica y sobre todo de la sofística, es posible hablar del texto retórico, del “*logón politikón*”, como la objetivación lingüística de un texto social. Este, es el tema central de la presente ponencia que expondremos desde el perfil de la historia de la retórica. La ponencia puede llevar un segundo título: “*cómo se construye y desconstruye históricamente un texto social*”.

En el siglo V, hacia el 472, el tirano Trasideo de Siracusa es abatido y se establece la democracia en esta polis. La gente solicita les sean devueltas sus propiedades incautadas por el tirano; pero, para tal fin, era necesario aducir pruebas que, ciertamente, no existían en cuanto escritas, pues no había Conservador de Bienes Raíces. No obstante, había que dar una solución al caso: Los tribunales se convirtieron entonces en lugar de pleitos, se pleiteaba por el mejor argumento de título de propiedad, por lo mejor razonado, aquello que se acercase más a la verdad, pues la verdad de la prueba escrita, como hemos señalado, no existía. En esta situación, se admitió como verdadero lo probable el *eikos*. Los tribunales concedían a cada litigante veinte minutos para demostrar el hecho; había de hacerse, entonces, con concisión, claridad y, ciertamente, con grandes dotes de persuasión. El juez dictaba sentencia en favor de aquél que más le había persuadido. Aquí nace el ejercicio de la palabra retórica,

¹ García Álvarez, César, Departamento de Castellano, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

desligada ciertamente, de la seguridad con que hablaba la Musa de Homero o la Musa filosófica de Parménides. Nace la palabra, sustentada en argumentos de probabilidad, al servicio primero de la justicia, luego de la política, finalmente de la educación: existía en la Atenas democrática seis mil ciudadanos y era necesario educarlo para hablar en público, para participar en la Asamblea y sustentar dicha democracia; nacieron así las Escuelas de Retórica, formadoras de estos ciudadanos responsable de la función jurídica, política y educacional.

La escuela de retórica más formal y prestigiosa fue la de Isócrates, contaba con un programa para enseñar la palabra oral que duraba tres años. Formaba humanistas, pues sólo un gran humanista podría hablar con persuasión en la Asamblea. En su escuela se partía de la idea de hombre como animal político y un animal que habla, *soon politikon* y *soon logikon*. Tal vez la cumbre de la dignidad de la palabra hablada en Grecia estuvo en la Escuela de Retórica de Corinto en la que, bajo cierta forma de psicoanálisis, se curaba incluso mediante la palabra. La Escuela de Medicina de Hipócrates, al lado del teatro de Epidauro, también usaba la palabra como medicina, curaba holísticamente, con cirugía —hoy se exhibe allí el instrumental de la época— fármacos, la oración a Esculapio e Igía, la diosa de la salud, y también con la palabra del teatro, el diálogo. Gorgias decía que la palabra retórica puede llegar a tener poderes mágicos, hasta trastocar incluso la naturaleza de las cosas, Los profesores, particularmente los humanistas, no hemos renunciado a esta creencia, por esto estamos aquí, porque creemos que mediante el estudio universitario de cuatro o cinco años podremos algún día trastocar la conducta del alumno de Enseñanza Media en aquello que le conviene. Los castigos ya han desaparecido. Un ramo como Orientación no supe el ejercicio de la Retórica, pues orientar significa dos cosas: qué decir y cómo decir.

Para la antigua palabra mítica, la de Homero, no eran necesarias escuelas sino transmisores, los aedos; para el Liceo y la Academia de Platón y Aristóteles lo importante era el maestro del argumento apodíctico, sustentado en lo universal. La democracia, la judicatura y la educación precisaban de la retórica, de una disciplina para un hablar que se comparte en el diálogo.

La forma diálogo, sabemos, no es disciplinar, nadie da normas para conversar. En el diálogo se parte siempre de una idea embrionaria que contiene en sí un texto potencial que luego determinará el grupo a lo largo del transcurso del habla. La conversación surge de un conductor y una masa no programada; el decir en el diálogo tiene, entonces, tanta importancia como el desdecir, contradecir, predecir y, sobre todo, el sobredecir y el subdecir, la contextualidad, sin la cual todo diálogo se hace ininteligible; uno puede pensar que así es el tejido —el texto oral— de nuestras clases; pues así eran las asambleas de la democracia griega, gozaban de la seriedad de una clase. No eran peleas de gallos políticos tras un voto presente o futuro; aunque a veces hacían bajar del estrado, entre rechiflas, al inepto.

Los contextos en el género diálogo son fundamentales. Sabemos que los *Diálogos* de Platón no se entienden sin sus contextos; los *Diálogos* eran guías para discutir, no tratados o manuales. Hay en ellos, así pues, más espacios omitidos que expresados, hay más texto latente que patente. En la **Carta VII** y al final del **Fedón**, dice Platón: yo no confío toda mi doctrina a lo escrito. Nos está diciendo que el diálogo va del emisor al receptor y vuelve para ser completado, rectificado o ratificado, el texto del diálogo se construye en un tejer y destejer en el que los supuestos o consabidos son tan importantes como lo “sabido”. En el **Fedro** se recomienda no discutir la opinión de Lisias, pues él no está allí presente.

Otra forma de textualidad latente en la oralidad griega fueron los “*logi socratiki*”, los textos que la gente se sabía de memoria, los no escritos y que se habían confiado a la memoria. Platón habla, incluso, de los *ágrafa dogma* en su **Carta VII**, es decir, aquellas sentencias que no fueron consignadas por escrito. Todo esto nos dice el gran respeto de Grecia por la palabra oral sustentadora de la democracia y la convivencia.

Los sofistas se insertaron en este bien social: enseñaban dos cosas, bien hablar y buen hablar, retórica y ética. Dos disciplinas sin las cuales no hay democracia ni diálogo verdadero ¿También un buen pensar? No necesariamente, es cierto que Antifonte, que es un sofista habla como un filósofo, sobre la verdad, la concordia, la virtud etc.; pero la discusión democrática en sus temas cotidianos trabaja sobre la “*doxa*”, la opinión convincente, no la “*episteme*” o ciencia. *Edipo, Rey* es un diálogo retórico de carácter ético sobre la necesidad de conversar para encontrar la verdad. El diálogo, así pues, dura una hora en esta tragedia, la reflexión sobre la verdad hallada y sus consecuencias, diez minutos No importa. La confesión de la culpa tenía menos importancia que el ejercicio verbal de la búsqueda, pues todos somos de alguna manera culpables. Más cerca de nosotros existe otro ejemplo: al Congreso de Estados Unidos no le importó tanto “*el acto indebido*” de Clinton, que no castigó, Clinton continuó siendo presidente, como el que reconociese en el largo diálogo investigador la verdad; reconocida ésta, conferida fe en la palabra, se podía seguir confiando en la democracia.

El “*logón politikón*”, hemos dicho, no cree en la Musa homérica que baja de las alturas y lo sabe todo, dogmáticamente todo. Los sofistas también tenían una Musa, se llamaba la Persuasión, pero no le hacían caso, pues era muy discolora, sólo se rendía a quienes le prestaban el homenaje del esfuerzo del estudio; y si en Homero la Musa donaba gratuitamente la Memoria fundante, en la democracia de los sofistas no hay dones o regalos, y cuando los hay se llaman *coimas*, la Memoria democrática es un don tras el esfuerzo compartido dialógicamente. Los diálogos inquisitivos de la palabra democrática, han sido definidos, así pues, como el buscar el rastro de la Palabra con mayúscula, que es sinónimo de buscar la Musa, la Memoria, la Poesía, una búsqueda que se hace colectivamente, incluyendo a todos, excluyendo sólo a los mudos, que son tres: por imposibilidad física, los que realmente no pueden hablar, por imposibilidad intelectual –los tontos– y por imposibilidad psicológica –los cobardes–. La razón es clara, sin participación no hay diálogo, y sin diálogo no hay texto democrático. La raíz de **Menón**, diálogo de Platón, es “*mmem*” que significa recuperación. No hay democracia sin el diálogo recuperativo de la gran unidad.

Ante esta situación limitante de la Musa de los sofistas, Musa política, jurídica y pedagógica, acentuó esta parte, se afirmaba por los retóricos que el *logos* democrático existe en cada persona en forma parcial, pues, decían, no hay logos universal. El nuevo héroe de la polis habría de ser, así pues, el rastreador de los “*logoi*”, de la verdades parciales; un constructor de la ciudad, que hace uso de una palabra limitada y sus armas son fabricadas en el cerámico. Pericles es, así pues, el héroe democrático, tiene armas y sabe hacer discursos, pero estas armas no están hechas ya por Hefesto y la palabra no se la dicta la dulce Musa. La responsabilidad de la palabra y las armas en la construcción de la comunidad –democrática, escolar, familiar, amical– es, como vemos, de una alta responsabilidad personal; por eso los griegos unían ética y retórica. Hay que ejercer muchas virtudes para hacer creíble la palabra hablada. Anaxímenes, que vive en el 330 a.C. escribe la *Retórica de Alejandro* y ahí leemos que para persuadir es necesario decir: lo justo, legal, conveniente, noble, grato y fácil de hacer; si algo es arduo, entonces, hay que pensar si ello es conveniente o necesario. Esta *Retórica de*

Alejandro es un manual que recogió todo lo que de bueno había sobre la retórica antes de Aristóteles. Una de las virtudes retóricas aquí recomendadas es el incansable amor a la verdad, como lo hizo Antígona, incluso a costa de su vida, la tragedia era escuela del pueblo, decía Aristóteles; otra virtud era la persistencia para encontrar la verdad, fue la postura de Edipo, no dejar nada en estado de sospecha, hoy se dice de transparencia. Se dice que Pericles y Protágoras discutieron todo un día sobre la muerte de un joven por una jabalina, seguro que no fue cierto, nadie debate ocho horas seguidas sobre un tema, pero era una manera de ponderar en Grecia la responsabilidad de la palabra hablada. Hoy en nuestras asambleas escolares, político-parlamentarias, de sindicatos, reuniones, clases etc. hay más silentes que participantes. Ello es una enfermedad social. No quiero decir que todos deben hablar, ni siquiera en democracia tan perfecta como la griega se hacía. La retórica griega tenía autorregulaciones; Jenofonte dice en sus *Memorables* L.III 5.7 que Sócrates disuadía de tomar la palabra a quien no estaba preparado. Leemos en Hesiodo hay tres actividades: la de los dioses que inspiran y protegen, la de las musas que transmiten dicha inspiración, pero lo óptimo (*panáristos*) es el que sabe de suyo. En el diálogo sofístico el que sabe de suyo y se siente seguro es sólo el que se prepara para participar la verdad con los hablantes.

Pero retornemos al esquema comunicativo del diálogo. El Emisor en los géneros del decir hablado, no es oracular, es un ser difuso, depende de las respuestas de los receptores que al replicar se convierten también en nuevos emisores. El diálogo genera inmediatamente una estructura polifónica, estructura de ecos, de proposición y respuesta, a la que pertenecen las novelas más democráticas como: *El Quijote*, *Crimen y Castigo*, *La Montaña Mágica* o *Los pasos perdidos*. Si la Musa de Homero era lineal, no tenía por qué investigar, Herodoto ya investiga, habla, reflexiona, comprueba, tiene una estructura arborescente, en el se escuchan ya ecos de otras culturas que el vio. Las novelas de caballería antes que *El Quijote* también eran así, lineales, direccionales, pero llegó Cervantes, de pensamiento democrático, y abrió la novela moderna al diálogo múltiple. ¿Hemos contado todos los personajes que se encuentran y hablan en *El Quijote*? No es fácil. Con razón Hatzfeld llamó a la novela de Cervantes, novela polifónica y Ortega dijo acerca de su carácter dialogal: “*Es una novela atestada de carne*”. Esta composición democrática del *Quijote* no es ajena a aquellas dos frases: “*Haldudos caballeros, Sancho, hay en todas partes*” o la afirmación de Sancho: “*que puedo llegar a ser rey y Papa, si yo quiero*”. En la película *La sociedad de los poetas muertos* el profesor Kitting anti-musa y dialogante, nos trae una reflexión pedagógica sobre esto.

Sabemos que la democracia griega, que duró del 448 al 443, entró en crisis, y con ello los géneros del decir hablado, el diálogo y el discurso, principalmente. Esparta impuso sus normas a las polis. La palabra de los sofistas se invalidó entonces, se convirtió en juego engañoso; proclamaron los sofistas que no hay “*logos*” en la fisis, sino sólo en la persuasión. La retórica se hizo, entonces, un cuerpo autónomo, un decir intrínseco, no una palabra para, un medio. Es a estos sofistas a los que desacredita Platón cuando nos presenta a un Sócrates que mina la estructura autónoma del texto de los sofistas. La palabra del diálogo se puso entonces en retaguardia y empezó la palabra escrita a tomar prestigio. Sobre el decir hablado se arrojó un manto de duda, Platón se retiró a la Academia, pues, decía, ésta es mejor que la Asamblea democrática y a la persuasión de los sofistas, Platón opuso, por boca de Sócrates, el asombro de las ideas.

La palabra retórica llegó a estos desprestigios a veces injustamente. Platón decía que Gorgias había dicho que era más importante lo verosímil que la verdad; lo que Gorgias no

había afirmado; sí había expresado que lo más importante es lo verosímil cuando no tenemos la verdad clara; también dijo, pero como juego metodológico, que las cosas no existen y si existen son comunicables y si son comunicables son ininteligibles: pero dicho metodológico, de escuela, debatido como un ejercicio para flexibilizar la mente. Esta argumentación de los sofistas contra la razón, se hacía sólo en la escuela, no en la Asamblea, era un ejercicio mental, no constituían afirmaciones contra la semántica. Las escuelas de retórica ejercitaban a sus alumnos incluso en los llamados “*Discursos dobles*”, los alumnos se ejercitaban en defender una posición y después la contraria, como aquel profesor mío que nos explicaba un artículo del Derecho y después cómo se violaba con otro artículo del mismo Derecho. Nos decía ante nuestro escepticismo jurídico, es que sólo el que se desdobra conoce más, solo el que sabe la tesis y la antítesis sabe la síntesis, hay que saber siempre dónde está uno y donde no está, para poder defenderse. El error de la retórica griega llegó cuando, tras la crisis de la democracia, algunos empezaron a separar la verdad lógica de la verdad semántica.

La historia se repite. Con la crisis del “*logos*”, de la razón moderna, entró también en crisis la palabra para nombrar y luego lo nombrado democrático. El quiebre del sistema parlamentario, del hablar en occidente, llegó parejo con la crisis dialogal en el teatro del absurdo, notémoslo bien, teatro, es decir, crisis del hablar: Ionesco, Beckett, Adamov. Y si ante la crisis de la palabra griega, Platón empezó a rescatar la Musa en el Logos permanente, también entre nosotros apareció la nueva reflexión lingüística sobre la palabra. La diferencia es que Platón, a través de Plotino y sus *Eneadas*, llegó a la Palabra-Verbo, a la Palabra-Vida, y la moderna lingüística a la Palabra-Muerte del contenido, juego sofista que científicamente persuade, pero no asombra, como quería Platón. En este juego sofista decadente Russell se ha permitido decir “*yo sé que lo que digo es verdadero, pero no se lo que digo*”. El estructuralismo y la lógica matemática que defienden la verdad lógica de las relaciones y no de la verdad semántica o del contenido, opera del mismo modo.

Una comparación más entre el hoy y el ayer retórico: este estructuralismo, como los ejercicios retóricos griegos son también de escuela, en la práctica nuestros alumnos salen y usan la Gramática FTD, la gramática sustancialista. Es que en la vida diaria la verdad lógica, formalista o matemática no nos sirve, nadie podría injuriar al presidente de la república o a algún ciudadano y después ir a los tribunales y señalar: “*yo dije una verdad lógica, científica, ¿por qué me van a condenar?: en mi afirmación ‘El Presidente de Chile es un ladrón’ la verdad que afirmé, y no desmiento, es que ‘El Presidente’ es sujeto y ‘es un ladrón’, predicado; ¿alguien podría dudar que lo que dije es científicamente cierto? Pido en nombre de la verdad que expresé que no se me condene*. Los sofistas sólo circunstancialmente se apartaron de este concepto lingüístico que hoy rescata en la Semiótica y la Pragmática.

También, en literatura, la nueva novela ha empezado a recuperar el emisor, y en el teatro, los caracteres y en los foros los diálogos. Es el nuevo realismo estético. Existe sí, un peligro amenazante, el lenguaje de la imagen que los griegos intuyeron en el mito de Narciso, pero que no les afectó: y a nosotros nos puede destruir el texto democrático o “*logón poliotikón*”: La cultura de la imagen nos está haciendo narcisos y el lenguaje de Narciso puede ahogar nuevamente y por otro camino, el diálogo y la democracia. Una anécdota. Un parlamentario que participó de cuerpo presente en un programa televisivo, pues casi no habló, me contestó al hacerle presente su actitud silente, me dijo: “*¿y no te fijaste en mi corbata?* Ciertamente, llamaba la atención y la cámara se recreaba con frecuencia en ella. Luego me añadió: *una imagen vale más que mil palabras, o ¿acaso la sala de maquillaje es inútil en*

televisión? Lo que es inútil en la televisión es aspirar a decir algo o tener cerca una biblioteca de documentos probatorios. En televisión los parlamentarios nos preparamos muy bien para aparecer en pantalla, no tanto sobre aquello que vamos a decir, que en televisión casi no se puede decir nada. Ciertamente, hoy se habla de vender la imagen, levantar la imagen y hasta asesinar la imagen.

En conclusión. Ayer como hoy es necesario revalidar la palabra oral. Sócrates no escribió ningún libro y es importante. Esto nos muestra que el libro no es necesario, dice Derridá. Me parece excesivo. Pero el nuevo signo ha de ser primordialmente el de Sócrates: el del oído, la vista, el tacto, el olfato, el gusto. El lenguaje de la acción, movimiento, experiencia, reflexión, conciencia, perdidos estos por la escritura, por el decir embellecido, por las posturas, por la imagen, por los análisis inmanentes, perdemos la credibilidad en la palabra y con ella su acción social y pedagógica, porque el texto social es muy débil, se construye y desconstruye con suma facilidad.